TERESA, JOSEFA Y ANTONIA, ROMANTIC WRITINGS IN SINGLENESS TOWARDS WOMEN'S LIBERATION

LILIA GRANILLO VÁZQUEZ
ORCID.ORG/0000-0002-0435-8451
Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Azcapotzalco
liliagranillo@gmail.com

Abstract: *This research, about women writers from the 19th century, times of the emergence of the Mexican nation, rescues the rich literature of three single women. Teresa Vera, from the Southeast Region, Josefa Murillo, from Veracruz, and Antonia Vallejo from The Pearl of the West, write and publish despite the patriarchal mandate for domesticity to remain as "The Fair Sex": get married to take care of husband and children. The singleness of these three Mexican romantics, our first writers, will support today's Women liberation exalting freedom and the emotions and subjectivity of romanticism, to contradict the popular saying: "A woman who knows Latin neither finds a husband nor has a good end".*

Keywords: *Single women writers*; *femenine singleness*; *Mexican romantic women*; *"The Fair Sex", women's liberation*

RECEPTION: 12/03/2024 ACCEPTANCE: 07/05/2024

TERESA, JOSEFA Y ANTONIA, ESCRITURAS ROMÁNTICAS EN SOLTERÍAS PARA LA LIBERACIÓN DE TODAS

LILIA GRANILLO VÁZQUEZ
ORCID.ORG/0000-0002-0435-8451
Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Azcapotzalco
liliagranillo@gmail.com

Resumen: Esta investigación, acerca de escritoras y escrituras del siglo xix —época del surgimiento de la nación mexicana— rescata la literatura de tres solteras. Teresa Vera, en el sureste, Josefa Murillo, en la región veracruzana, y Antonia Vallejo, en la Perla de Occidente, escriben y publican a pesar del mandato patriarcal para el "Bello Sexo" de recluirse en la domesticidad, con el objetivo de contraer nupcias para cuidar del marido y los hijos. La soltería de estas tres románticas mexicanas —nuestras primeras escritoras— apoya la liberación femenina de hoy, al exaltar la libertad, las emociones y la subjetividad del romanticismo, y contradice el refrán: "Mujer que sabe latín, ni encuentra marido, ni tiene buen fin".

Palabras clave: escritoras solteras; escrituras en soltería; románticas mexicanas; "el Bello Sexo"; liberación femenina.

RECEPCIÓN: 12/03/2024 ACEPTACIÓN: 07/05/2024

A José Ignacio Dávila Garibi,
mi profesor de etimología grecolatina
que en clase nos leía poemas satíricos de Antonia Vallejo.[1]

LAS MINUCIOSIDADES DOMÉSTICAS PARA "EL BELLO SEXO"

Para este dossier de *Signos Literarios* sobre escritoras decimonónicas, se presenta la investigación acerca de tres escritoras mexicanas que desafiaron el *deber ser* femenino: la identidad tradicional de permanecer en lo doméstico. Publicaron ideas y sentimientos, singularidad aunada a la circunstancia de permanecer solteras, cuando las mujeres debían optar por el matrimonio. En el siglo xix, a la vez que se desmontaba el virreinato, se construía lo que hoy llamamos el Estado nación. Asimismo, culturalmente, en el discurso literario emergían el sentimiento nacional, el amor a la patria, a la tierra; a ello contribuía el ejercicio libertario que el romanticismo atrajo. El país salía del colonialismo y se dirigía al proyecto liberal, cuando más de la mitad de la población no tenía acceso ni a la educación, ni al progreso. La mayoría de los mexicanos habían permanecido en el atraso de la ignorancia y la superstición: el orden social de las castas y la sumisión a la Iglesia católica mandataban que las mujeres permanecieran en la base de la pirámide social. Debían sujetarse al círculo doméstico y dejar el espacio público para los varones.

El discurso del México independiente —primeros escritos en *Diarios, Semanarios, Calendarios* y *Panoramas dedicados a las Señoritas Mexicanas*— abunda en lecturas sobre el *deber ser* de las mexicanas: esposas ejemplares, madres virtuosas, bellas, amorosas, dulces, suaves, obedientes, resignadas. Desde 1804, en nuestro primer periódico, el *Diario de México*, se ponderan esas virtudes "naturales": bondad, belleza, suavidad, sosiego, pasividad, recato, sumisión. Se perfila el ideal para incorporarlo a las necesidades sociales de reproducción de la ciudadanía. Como muestra, el soneto titulado "Jóvenes divertidas", donde

[1] En 1968, estudiábamos la preparatoria con las monjas del Instituto Pedagógico Anglo Español en la Colonia Roma, Ciudad de México. Dávila Garibi era un ancianito simpático que nos leía el poema "Dos remedios". Nos hacía reír e insistía en que no nos dejáramos inyectar. Viejo sabio, nos advertía del posible abuso sexual médico.

un tal Guido les indica que se comprometan con sus futuros maridos y se porten bien o terminarán mal:

> La doncella de juicio que no tiene
> mando en su corazón, porque lo ha dado,
> sólo espera lograr el dulce estado,
> que a su honor y su fama le conviene.
>
> Se retira del riesgo, se contiene,
> y al que vive en su pecho colocado,
> no le ofende jamás, ni de pensado,
> porque así el fino amor se lo previene.
>
> Pero aquella, que a todos se presenta
> (sin embargo de hallarse contratada)
> el burlarse de ellos sólo intenta;
>
> mas le suele salir la cuenta cerrada,
> pues como pone la opinión en venta
> queda su estimación malbaratada. (Guido, 1807: 189)

Desde finales del siglo XVII, los discursos de intelectuales y sabios ponderan la razón humana, los métodos científicos, la difusión del saber y del conocimiento en el denominado Siglo de las Luces. Se favorecía la modernización de las sociedades con la democracia y se ampliaba el horizonte educativo. En términos literarios, atrás quedaba el neoclasicismo y sobrevenía el romanticismo: la subjetividad, el culto a la personalidad propia. La historiadora literaria del siglo XX, María del Carmen Millán, primera mujer académica de la lengua en México, así define el movimiento romántico, y categoriza "el sentimentalismo" de la época y a la mujer como ideal masculino, "una creación subjetiva":

> El romanticismo no es otra cosa que el triunfo del sentimiento sustentado en un concepto de libertad, y sus consecuencias, partiendo de la ideología o de la práctica, son numerosas y repercuten en la manera de ser, de pensar y de actuar del hombre en relación con el medio en que vive. El romántico busca la soledad, el aislamiento. Su insatisfacción constante lo lleva a la evasión en el

> tiempo y en el espacio, y hacia una melancolía que le hace preferir lo nocturno y lo sepulcral. Su subjetivismo, su egocentrismo lo arrojan a la exaltación de sus emociones y sus ideas; el paisaje no es sino el reflejo o proyección de su sentimiento exacerbado; […] es para él la mujer, como el paisaje, como la sociedad, una creación subjetiva […] (Millán, 1975: 5)

El "ideal de la mujer" respondía a una creación, a una imaginación varonil de quienes eran, naturalmente, los destinados para mandar, escribir y publicar ideas y sentimientos. El culto a la individualidad, lo subjetivo, se consideraba adecuado, necesario para quienes construían las naciones, es decir, los hombres. Pero no para las mujeres. Para restaurar la sociedad, luego de las guerras de Independencia y de las luchas entre liberales y conservadores que siguieron, las mujeres debían ser "el Bello Sexo", y permanecer recluidas en el espacio privado, en lo doméstico. Como en otros países, el destino femenino era el matrimonio, el cuidado de los hijos, es decir, casarse para apoyar las empresas masculinas en todo:

> En cuanto al empleo u ocupación de los días de la vida, se diferencia también constantemente el Bello Sexo. Las minuciosidades domésticas, gratas a la mujer y amoldadas a su genio de orden y regularidad, serían degradantes e insufribles para el hombre; porque en efecto, cuan ridículo sería ver a una dama atravesar los campos empuñando la lanza o la espada, asistir a los tribunales o a las administraciones, mientras que su hermano o marido, ocupados del menaje de la casa, o dormían al niño en su cuna o blanqueaban su ropa […] (Rodríguez Galván, 1840: 70)

El discurso científico sobre la naturaleza y la esencia femeninas era incuestionable desde tiempos de la razón ilustrada. Las mujeres dan a luz, educan, reproducen la sociedad, pero son ignorantes, débiles, tontas, enfermas y locas. Por eso, el patriarcado se ocupa de darles lecciones, reducirlas, someterlas: objetos de la subjetividad varonil. Biología y medicina patriarcal decidían la identidad de las mujeres. Sí, son bellas, pero achacosas, pues el cuerpo las traiciona, y, por ello, deben someterse a los varones y cumplir su misión: apoyarlos, ser madres de sus hijos, antes que nada. Este *deber ser* —preceptiva para las mexicanas— se basa, aún hoy, en la diferencia sexual. Biología y medicina argumentan la debilidad de las mujeres, "situación común" para

las histéricas, en particular, las mexicanas. El médico Bartolache así afirmaba y daba "Avisos acerca del mal histérico, que llaman latido":

Lamentis gemituque, & femineo ululatu
Tecta femunt
Virgil, Aeneid. IV, v. 667.

Triste plañido, y quejas de mujeres
Siempre se oyen

> Siendo el Bello Sexo la una mitad de los individuos de nuestra especie aun se puede decir que sus enfermedades particulares y habituales hacen quizá las dos tercias partes de las plagas que afligen a la humanidad. Sexo Débil por su misma constitución, achacoso y muy expuesto a contingencias por el destino que la providencia le dio …// …Comenzando con buen orden por la descripción del mal histérico, entendemos ser éste en su principio acompañado de las siguientes condiciones. Siente la mujer en su estómago una molestísima debilidad o sensación de hambre…//… En Puebla de los Angeles y aquí en México merece llamarse mal endémico (que quiere decir propio de estos lugares) y lo es, al menos en cuanto al gran aparato de síntomas que la acompañan. Siendo pues por otra parte hereditario, según la razón y la experiencia demuestran todos los días nacen de madres histéricas, hijas semejantes […] (Bartolache, 1772: 60)

Tras el discurso explícito, sobreviene lo implícito: hay que vigilar a las mujeres, pues, como son débiles, no asumen "el destino que la providencia les dio" y enloquecen, por lo que fácilmente se pierden en el camino de la vida. Como son bellas, son peligrosas para los hombres y hay que mantenerlas bajo control. Como son las madres de sus hijos, hay que proporcionarles diversiones que las instruyan, que las eduquen para la maternidad, pues esa es su misión y el país las requiere. Ni hablar de libertad; ellas son las reinas de sus casas, que ahí se queden. Son madres, hijas, esposas, tías del referente masculino. Abundan piezas literarias que muestran la construcción de la identidad tradicional para las mujeres, y muy pocas para los hombres.

En Europa, en el xviii —siglo de la Ilustración—, surgió la idea de publicar calendarios, que contenían el santoral, fechas de eclipses, fiestas de guardar, efemérides, horóscopos, condiciones climáticas, oraciones y muchas noticias

interesantes, información relevante para la agricultura y la vida diaria, como las horas y días propicios para sembrar según las fases de la Luna. En México, el *Antiguo Calendario Galván*, desde 1826 hasta la fecha, sirve de guía cronológica, cronograma, digamos, de reloj diario, en muchos hogares mexicanos. La empresa editorial Munguía continúa publicándolo en forma impresa o digital y se compra en los puestos de periódico. El impresor Mariano Galván Rivera (1792) copió la idea europea y llegó a ser célebre editor. Murió en 1876, pero su influencia continúa presente. La imprenta Galván sostenía un afán pedagógico —digamos profiláctico (Ruedas de la Serna, 1987)—, para educar a la nación recientemente liberada del sometimiento imperial, del racismo y el clasismo que mantenía a las grandes masas populares (las castas) en la ignorancia y la marginación. Este afán pedagógico lo impulsó a incluir notas y artículos de historia, filosofía, principios morales. Tamaño bolsillo, el *Calendario Galván* obtuvo gran tiraje y se distribuía con éxito en toda la República. Ignacio Rodríguez Galván, considerado el primer romántico, sobrino de Mariano Galván, escribía y publicaba en la Imprenta Galván. Como director, se extendió a libros, poemarios y otras publicaciones periódicas. Ignacio editaba desde 1838 los famosos *Calendarios para las Señoritas Mexicanas*, ya asentado el primer romanticismo.[2] *Panoramas, Semanas, Calendarios* y *Semanarios para las Señoritas Mexicanas* favorecieron el discurso enfático para establecer el tradicional papel del género femenino. Ellas eran las madres, hijas, hermanas y tías de los ciudadanos. Con enfoque didáctico, la función comunicativa referencial recaía en las mexicanas que debían formarse en el tradicional *deber ser* de su género: la maternidad. Cabe señalar que Rodríguez Galván permaneció soltero, un solterón que, como héroe romántico, murió joven, de fiebre amarilla (1815-1842). Su cuantiosa obra abunda en novelas y temas de la época virreinal, cercanas al amor cortés (Alegría de la Colina, 1991). Su sentimentalismo brinda clara noticia sobre lo que el sistema patriarcal mandataba a las mexicanas: condiciones tradicionales de sumisión al ideal masculino sobre el "Bello Sexo" y las mujeres (pese a ser morenitas):

[2] *Cf.* Frank Dauster, 1956: 71 y 80. La cronografía de Dauster señala al menos dos fases románticas: la primera con la Independencia, y la segunda tras la Guerra de Reforma y las intervenciones, el romanticismo extendido.

> No son tan blancas las mexicanas como las europeas; pero su blancura es más agradable a nuestros ojos. Sus palabras, si son suaves, arrastran con dulzura los corazones, al paso que en los momentos de justa indignación aterran y confunden. ¿Quién podrá resistir a la magia de su canto, siempre suave, siempre dulce y siempre natural? … // Y ¿qué diré de sus almas? Diré que en Europa están más cultivados los espíritus, pero en México son más amables los corazones. Estos son aquí no solo sentimentales, sino tiernos; no solo blandos, sino virtuosos: no es más sensible el cuerpo de un niño, ni más blando el botón de una rosa. Yo he visto almas tan bellas como las fajas del arco iris y más puras que las gotas del rocío. Rara vez son tempestuosas sus pasiones, y aun entonces se encienden y se apagan fácilmente; pero por lo común despiden una luz apacible, semejante al lucero de Venus. El pudor está pintado en sus ojos, y la modestia es el mayor y más bello encanto de sus almas. Están finalmente destinadas las mexicanas por sus multiplicadas virtudes, a servirnos de apoyo para viajar por el triste desierto de la vida. (Galván, 1839: 6)

La moral victoriana, desde Inglaterra, impulsaba el amor a la tierra; los nacientes nacionalismos y las religiones cristianas también alimentaban la idea de la obligación femenina de tener hijos, ser *madresposas*.[3] Las naciones occidentales seguían a San Pablo: "quiero que sepáis que la cabeza de todo hombre es Cristo; y la cabeza de la mujer es el hombre; y la cabeza de Cristo es Dios" (1 Corintios 11: 3). Ideologías liberales y conservadoras sustentaban la construcción de los Estados nación. La belleza femenina se relaciona con la divinidad: ser bella es el don que Dios entregó a la mujer para que el hombre la buscara en la Tierra, motivación o "pretexto" para que el varón encuentre a Dios (Dávalos, 1987). El romanticismo las pedía bellas y dóciles, para contar con cuidadoras, "para servirnos de apoyo para viajar por el triste desierto de la vida" (Dávalos, 1987). El feminismo del siglo xx reconoció que la sumisión al pacto social de ser mujer para el otro era la categoría identitaria tradicional.

Nuestras "Románticas Mexicanas, las primeras escritoras"[4] ostentaron el sentimentalismo; sin embargo, muchas desafiaron convertirse en apoyo de

[3] *The Angel in the House* (1854), popular libro de poemas del británico Coventry Patmore, desglosa el ideal victoriano de la esfera pública para el esposo y la privada para ellas.

[4] *Cf.* "Románticas Mexicanas, las primeras escritoras", *UAM Radio*, 97.1 FM, https://uamradio.uam.

otros. Prefirieron ser ellas mismas, más allá de una varonil creación subjetiva. En amplio desacato, contradicen los mandatos para ser bellas, dóciles e ignorantes. Muchas rehúyen casarse, pues los maridos podían obligarlas a callar y a encerrarse en casa. Otras bellas y sumisas, hijas de varones notables, se enamoran, aunque no son correspondidas, sentimentalismo expuesto. Tal fue el caso de Dolores Guerrero, hija del gobernador de Durango, que, nombrado Senador, se traslada con la familia a la capital, y Dolores asiste a las tertulias y saraos. Ahí se enamora de Luis G. Ortiz, otro romántico que optó por el celibato, un solterón —¿el cultivo de aquel sentimentalismo excluiría acaso la homosexualidad?—. Ortiz no le corresponde, ella le dedica sus versos, que la prensa difunde; nada convence a Ortiz, él siempre la llama *amiga* (Granillo, 2000: 115). Aunque no fueran correspondidas, ellas —acaso desplante de egocentrismo— siguen su vocación escritural. Aman y sufren como buenas románticas. Alcanzan éxito, publican y llegan a ser reconocidas en círculos importantes. Sus obras trascienden y llegan hasta nuestros días. Leyéndolas recuperamos nuestro patrimonio.

Cuando se considera que el romanticismo se caracteriza por la expresión subjetiva, por la exaltación de los sentimientos y estados de ánimo más allá del clásico racionalismo, nuestras primeras escritoras —las románticas mexicanas— lo asumieron con gran éxito. En su poesía —el género literario cultivado por excelencia en el XIX— abunda la emoción exagerada, la vehemencia por el paisaje regional, la existencia en el enamoramiento, la pasión, la locura y la soledad; también la ironía y el sarcasmo. Todo sentimentalismo muy bien escrito, sin disminuir en quienes permanecieron solteras, pese a las circunstancias adversas o, acaso, gracias a ellas.

En la actualidad, la teoría feminista revisa y reescribe la historia escrita por hombres, desde la organización patriarcal que se apoderó de la plaza pública. Simone de Beauvoir categoriza las maneras en las que el patriarcado alimenta y organiza la inferioridad femenina, y la denuncia para desactivarla y combatirla cuando escribe del *Segundo sexo* (1949). Explica que la mujer no existe, que la mentalidad masculina tradicional produce y reproduce la identidad tradicional femenina de "La Mujer", como "seres para el otro": la hija de él, la esposa de él, la madre de él, etcétera. Antes, Virginia Woolf, a principios del XX, denunciaba

mx/contenido/series-actuales/Romanticas-Mexicanas.

la discriminación, el trato desigual, la ceguera masculina de la Historia —con mayúscula— y la literatura escrita por los "varones" —anacronismo asumido—. Se quejaba de la ausencia de lo femenino y de las mujeres en diccionarios y enciclopedias, aunque aquí y allá encuentra vestigios y evidencias de la creatividad femenina. Reconoce en ello, sin decirlo, aquella división sexual del trabajo: los hombres como productores y las mujeres como reproductoras y cuidadoras. Por eso, recomienda: para subsistir, hay que asegurarnos de tener 500 libras —nuestro salario— y *Un cuarto propio* (1929).

Desde la antropología mexicana, los estudios de género revelan las diversas formas de relación entre hombres y mujeres desde la distribución sexual del trabajo. En este sentido, para deconstruir la condición social de opresión de las mujeres, Marcela Lagarde, en *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (1990), establece categorías de análisis, epistemología que revela las identidades sociales convertidas en esclavismos que fundamentan el sometimiento que ejerce el sistema patriarcal. Su tesis para doctorarse en antropología es ya una obra clásica en los estudios de género, en la teoría feminista, libertaria.

Las teorías de Lagarde, Beauvior y Woolf impulsan la búsqueda de evidencias en nuestras escritoras, pues veremos que escaparon al cautiverio patriarcal, al papel de domesticidad e ignorancia femenina. Cabe señalar que la ignorancia y el analfabetismo eran consideradas entre las "virtudes" femeninas. En México, además, esa existencia consagrada al esposo, al padre, al hermano, al hijo era signo de bien común, bien para la construcción de la República, en el primer siglo de su existencia: buenas madres, buena sociedad. Como contraparte, esta investigación analiza la escritura de tres solteras que desafían esa identidad tradicional de género. Las tres ostentan enorme calidad literaria. Triada en la que se observa un proceso de liberación que las ubica como *pioneras*[5] del feminismo, protofeministas o "abuelas"; así las ha de considerar la historia con perspectiva de género hoy en día.

Destaco "proceso de liberación", pues, para Teresa Vera, el desafío de ser soltera y escribir acaba —nunca será menos penoso— en el suicidio. Josefa Murillo muere joven, debido a la precaria salud. Antonia Vallejo, en cambio, hizo lo que quiso y aprovechó sus privilegios, que le dieron larga vida. Ningu-

[5] Término que usa el feminismo anglosajón, europeo.

na de ellas se casó, ninguna fue madresposa, ni monja, según las primeras dos categorías de cautiverios de la antropología feminista. Mientras que Teresa, huérfana cautiva, se vio envuelta en el escándalo, al considerársele *puta*,[6] por su amor no correspondido, Josefa fue esclava del padre —casi presa—; encerradas, todas, alguna vez fueron consideradas "locas". Siempre doloroso al principio, en estas escritoras consta el proceso de liberación de los cautiverios: del suicidio, a la reclusión, hasta encontrar "un cuarto propio", para escribir y publicar en libertad. Conforme avanza el siglo xix, prospera el protofeminismo, el desafío femenino de la liberación. En consecuencia, gracias a los caminos que Teresa y Josefa abrieron, Antonia vive muchos años y publica mucho y bien.

En la escritura decimonónica de estas mujeres se percibe el tránsito del cautiverio hacia la liberación. Esta investigación contribuye a la historia documental de las mujeres en México, al analizar la escritura de tres mexicanas que escapan al mandato social de la maternidad. Esta contribución recupera buena parte de nuestro linaje y asegura la herencia cultural nuestra, de las mexicanas y de todas las mujeres. Tras algunos datos biográficos, recuperamos aquí sus poesías para nuestro deleite contemporáneo.

TERESA VERA. *¡POBRE MUJER QUE SIENTE CUANTO PADECE!*

A una flor
Mis ojos nublando el llanto,
marchita la roja frente,
sin goces ya, sin encanto...
siempre inclinada y doliente
bajo el peso del quebranto.

[6] Uso este término limitándolo a la categoría antropológica de cautiverio de mujeres. Lo establezco aquí, pues es ofensivo e inaceptable cuando se usa fuera de esa categoría, que es más que una crítica una denuncia: "desde luego, todas las mujeres son putas por el hecho de evidenciar deseo erótico, cuando menos en alguna época o en circunstancias específicas de sus vidas" (Lagarde, 1990: 543). *Cf.* Paulina Vidal Pollarollo, "La identidad estigmatizada" (2002, en línea).

¡Pobre flor! ¡Pobre mujer
que siente cuanto padece!
La flor nace, vive, crece
sin pesar ni padecer,
y lo mismo desaparece.

Yo he visto nacer las flores
bajo el silvestre ramaje,
he aspirado sus olores
y he rendido a sus primores
algún sencillo homenaje.

He contemplado su vida
declinando; y su hermosura
ya marchita, decaída,
triste, mustia y abatida,
sin aroma y sin frescura.

Y he llorado de congoja
al observar moribunda
su corola, que antes roja
lució junto a la verde hoja
de la maceta fecunda.

¡Pobre flor!... ¡Cuál se asemeja
tu destino a mi destino!...
Cuál de ti, de mí se aleja
la juventud, y me deja
en mitad de mi camino…
(Vera en Vigil, 1892: 111)

Teresa Vera es nuestra heroína romántica por excelencia. Su vida expresa el sentimentalismo exaltado, tanto como su escritura: soledad, amor no correspondido, sentido trágico de la vida, paisaje enaltecido. Huérfana, autodidacta, con inteligencia y aspiraciones más allá de sus posibilidades, su pasión poética rayaba —según la mentalidad de la época— en la locura. Nacida en la exu-

berante región del sureste (1834), en la abundancia del paisaje tabasqueño, la opulencia de la selva contrastaba con la penuria de la ciudad de Comalcalco, donde sus padres, Justo Domingo Vera y Gregoria Domínguez, murieron del temido vómito negro, cuando ella era muy pequeña.

Estefanía Domínguez, abuela materna, pobre, pero instruida, la recogió a ella y a sus hermanos: Candelario, Antonio y Gregoria. A su abuela debe Teresa el amor por la lectura. Cuando Gregoria se casó con Buenaventura Margalli, tenedor de libros (contador), la vida familiar mejoró, y Teresa acompañó a la pareja a una finca cercana a San Juan Bautista, entonces capital de Tabasco. En el abundante puerto del río Grijalva —uno de los pocos navegables de México—, la niña de amplia imaginación descubrió la opulencia y la prodigalidad en la enorme biblioteca del cuñado. Transitó por la inestabilidad social debida a la guerra con Estados Unidos —la invasión de 1846 que por años afectó la región—. Debido a esta reclusión forzada en casa —seguir en cautiverio—, Teresa tuvo la oportunidad de leer y leer más, mucho, mientras el puerto se recuperaba. Tanta lectura la impulsó a escribir poesía en sus cuadernos, actividad desconocida para la región. Los historiadores ahora la consideran como la primera poeta tabasqueña. Acaso la calma después de la tormenta la animó a escribir su amor por la patria en "La primavera en el campo", poema de versos pulcros que guardaba para sí y cuyo fragmento reproducimos a continuación:[7]

> Vienen de abril los deliciosos días.
> el grato ambiente y las pomposas flores,
> esa estación de goces de alegrías
> en que las aves cantan
> y nuestras almas hasta dios levantan.
>
> ¡Oh!, Cuánto inspira el corazón cristiano
> esa estación que llaman primavera,
> que envuelve al campo en verdor lozano

[7] Al fragmentar los poemas para esta publicación, se reproducen el principio y el final, para comprensión lectora.

y es cual un hondo abismo
en que se ve la mano de Dios mismo…

Todo recobra animación y encanto,
el verde bosque y el ameno prado,
cubre de flores estación y manto
de variados matices
¿Son los campos de América felices!

[…]

¡Oh!, cuánto gozo al corazón sensible
le guarda el campo con la extensión preciosa
y cuánto goza al contemplar visible
el celestial poder
que nos permite sus portentos ver.

Feliz mil veces querido suelo
que tantos dones el Señor le ha dado.
Y de sus manos tú privilegiado
a otros causas ambición y celo.

Yo te saludo, sí, mi corazón
ante las aras del Señor se humilla,
y pide con fervor que sin mancilla
le conserve su lustre a mi nación.
(Vera en Rivera, 1988: 15)

En 1854, la hoy Villahermosa recibía el impacto de la Guerra de Castas, de Yucatán. La finca donde vivía Teresa vio con aprecio la llegada de las familias de Mérida, que buscaban refugio a orillas del Grijalva. La sociedad disfrutaba ya de tertulias y saraos. En alguna reunión de aquellas, Teresa tenía veinte años y ya era conocida, pues mostraba sus talentos literarios con gracia en las reuniones. Acaso leyó en voz alta estos versos titulados "Mis recuerdos":

Aquí do huyendo la existencia mía,
cual del arroyo la fugaz corriente
cual se desliza el postrimer suspiro
que lanza el cisne por el manso ambiente.

Aquí rodeada de silencio y calma,
la soledad y mi dolor bendigo;
aquí padece y se lamenta el alma,
nadie es aquí de mi dolor testigo...

Aquí sobre la orilla de la parlera fuente
do llegan por las tardes las aves a cantar,
oyendo los murmullos que forman la corriente
podré en mi desventura tranquila meditar.

Aquí bajo el ramaje del sauce entristecido
que muévese a los vientos con lánguido vaivén,
en su nudoso tronco, del tiempo carcomido,
apoyaré mi cuerpo, inclinaré mi sien.

Evocaré las dulces memorias que me quedan
de un tiempo venturoso que por mi mal huyó,
y acaso estos recuerdos ¡Ay! Puedan
la bárbara tristeza que a mi alma le dejó.

De un fuego que brotando de la tranquila llama
de la amistad llegara mi triste pecho a arder;
y en esa hoguera insana que el corazón inflama
sentí la dulce calma y la quietud perder.
(Vera en Rivera, 1988: 36)

A instancias de su esposa, el cuñado protector contrató a uno de los profesores que buscaban refugio, José Dolores Castro, para que Teresa aumentara sus conocimientos. El maestro Castro debió haber sido una atractiva figura paterna. Sucedió que la joven veinteañera se enamoró del profesor. Tanto sentimentalismo requería un complemento masculino. El estro poético de

Teresa encontró en ello la opulencia necesaria, y continuó escribiendo. Castro no le correspondió: era casado y muy mayor. Sumida en el amor platónico, ella escribía y escribía. Leemos ahora este soneto, "Piensa en mí", forma consagrada de la poesía en lengua española, buena escritura, de difícil tesitura, tortuosa, como la existencia de Teresa:

> Cuando contemples impulsar el viento
> la verde copa de la débil planta,
> piensa ¡Oh amigo! que el dolor quebranta
> también a mi alma con fervor violento.
>
> Y piensa que ella sobre el mismo asiento
> luego tranquila al aire se levanta,
> y entre sus ramas la avecilla canta
> con dulce, suave y amoroso canto.
>
> Y yo, ¡Ah de mí!: en el pensar constante
> no encuentro calma ni en mi ser hay eco,
> que no sea el eco del amor punzante.
>
> Mas si piensas en mí, de arbusto seco
> en planta airosa tórnome al instante,
> y en mí risa el llanto de mis ojos trueco.
> (Vera en Granillo, 2000: II, 383)

Aquí y allá, escribía y leía sus versos a las amistades; a algunas les regalaba copias de sus manuscritos. Enamorada de su maestro, volcó la afición en la poesía. El amor no correspondido produjo composiciones apasionadas como "Amar sufriendo", fechada en 1855, que el sabio José María Vigil, medio siglo después, incluiría en la selección poética que representaría a la escritura femenina en la Exposición Internacional del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, en Chicago (1892):

> I
> Al fin ya separarte
> pretendes para siempre de este suelo:

yo no puedo olvidarte,
y en mi tenaz desvelo
por gracia pediré la muerte al cielo.

Y tú ¡Ay! Entretanto
con otros tiernos lazos obligado,
el bárbaro quebranto
de un pecho enamorado
habrás en tus placeres olvidado.

Mientras yo delirante
en el silencio gimo y me lamento,
a otra tal vez amante
con cariñoso acento
hablando te halle pasajero el viento.

Una mujer hermosa
llena de encanto, juventud, riqueza,
cuya alma generosa
bien el semblante expresa...
¡Mas como yo, jamás te amará esa!

[…]

Pero... ¡en vano! mi pecho,
oprimido de bárbara tristeza,
se entregará al despecho,
y ya sin fortaleza
se inclinará a la tierra mi cabeza.

Y tú sin acordarte...
¡Ah, vivirás feliz en otro suelo!
Yo no podré olvidarte,
y sin hallar consuelo
por gracia pediré la muerte al cielo.

II
Cuando contemplo tus queridos ojos
y pienso, amigo, en la cercana ausencia,
no sé por qué los pérfidos enojos
me oprimen con su bárbara inclemencia.

Contemplo tristes las fugaces horas
que raudas cruzan cuando aquí te veo:
¡Cuán largas y cuán lentas, matadoras,
las prolonga de verte el devaneo!

[…]

¡Oh! mi amigo, mi bien, tú de mis penas
calma, por Dios, el amargor insano,
y si no puedes darme horas serenas,
dame tu afecto y besaré tu mano.

Dame tu afecto, sí, con él mi vida
feliz surcara por el mar del mundo;
bálsamo fuera que sanar la herida
pudiera, amigo, de mi mal profundo.

III

Dulces ensueños de la edad pasada,
visiones bellas de la mente mía,
¿A dónde estáis del corazón lanzada
imagen del placer y la alegría?

¿A dónde estáis que al alma acongojada
abandonáis en su amargura impía
al yugo horrendo de su infausta suerte...
Cuando le niega hasta su paz la muerte?

[…]

Tú, en cuyo seno desahogar anhelo
el funesto dolor que me atormenta;
tú, mi amigo, mi amor, tú, mi consuelo,
mi acongojado corazón alienta:

tú, con tu amor, mi bien, calma mi duelo
y de mi pecho la virtud fomenta,
y haz que en las flores de tu amor despliegue
el iris de virtud que me sosiegue.

Abre tus brazos cariñoso y bueno,
a quien te busca llena de tristeza;
oprime amante en tu amoroso seno
mi ardiente corazón y mi cabeza;

que tal vez luego, junto a ti sereno,
contento latirá con fortaleza,
y tú podrás decir: "¡Aquí está el pecho
que yo arrancara del mortuorio lecho!"
(Vera en Vigil, 1892: 114)

Hemos dicho que vida y obra de Teresa Vera la constituyen en arquetipo del romanticismo. Cabe reflexionar sobre la manera tan dolorosa que puso fin a su existencia, además de disfrutar de su escritura. Aquellas copias que regaló a sus amistades trascendieron a la incipiente prensa, y sus versos comenzaron a ser publicados. En el bisemanario *El Demócrata,* órgano oficial del gobierno, aparecieron algunos ejercicios, primero sin firma, luego bajo seudónimos de fácil identificación, Ester Arave, Esther Rave. Pronto lectores curiosos supieron a quién invitaba a venir a sus brazos, a quién clamaba en "A ti", y qué labios ansiaba sentir:

¿Por qué la luz de tus brillantes ojos
no viene a iluminar mi mustia frente?
¿Por qué no siento de tus labios rojos
en mis labios posar el beso ardiente?

Ven a mis brazos, sí, ven, a mi alegría,
del corazón escucha los latidos
y de contento y de placer rendidos
a encontrarnos felices vendrá el día.

[…]

¿Por qué Dios no te daría
un rayo de su poder
para que pudieras ver
lo que está pasando en mí?

Entonces, tal vez, piadoso,
compasión de mí tuvieras...
y tu afecto me volvieras
con la calma que perdí.

Mientras serena mi frente
despejada está y tranquila
ya mi límpida pupila
aparenta no llorar.

¡Ay! mi corazón inquieto
se agita en un mar de duelo
y no halla paz ni consuelo
que dé tregua a su penar.
(Ester Arave, *El Demócrata,* 1859: 5)

Fue fácil que la descubrieran, pues comenzaron las habladurías ante estos delirios amorosos, esta sensibilidad exacerbada. Pronto se imaginaron que se había enamorado de su profesor. Cuando su erotismo quedó expuesto, ella sería reconocida y juzgada como *puta*. El escarnio y la burla popular, la vergüenza de la tentación, la orillaron al suicidio. Al parecer, se mató para evitar el escándalo a su familia: la niña enamorada de su maestro que era casado. Teresa, irónicamente, le dedica "Al Grijalva" una *Despedida por encargo de un amigo*, en voz poética masculina, cuando en realidad anuncia su muerte:

¡Adiós! Grijalva encantado,
¡Adiós! murmurante lago,
¡Adiós! sauce cuyo halago
tu dulce sombra me ha dado.

¡Adiós! la verde ribera
donde mi amada vivía,
y donde a gozar venía
de la brisa placentera.

¡Adiós! me lleva la suerte
lejos de la verde orilla
a donde esa luz no brilla
y a donde no podré verte.

¡Voy a dejarte! tus ondas
repítanle a mi querida
mi postrera despedida,
mi angustia y mis penas hondas.

Le dirán que al ausentarme,
lleno de duelo y quebranto,
ven en mis ojos el llanto
porque voy de ella a apartarme.

Repítanle que me ausento
y que la llevo en el pecho,
y que en suspiros deshecho
me traerá a sus pies el viento.

Díganle que hasta en el sueño
aún he de tener presente
su mirar resplandeciente
y su semblante halagüeño.

Y que hasta en la negra noche
la contemplaré entre nubes
bella como los querubes
que abren de la flor el broche.

Que jamás la olvidaré,
que mi pensamiento es ella
y que mi amante querella
en los vientos le enviaré.
(Vera en Rivera, 1989: 21)

Tenía 24 años cuando se envenenó con fósforo, al tragar una a una las cabezas de un centenar de cerillos. Luego se metió al río González, cercano a la finca familiar de Tierra Colorada. Acaso José Martí[8] se inspiró años después y versificó el caso de "La niña de Guatemala" (1891). Francisco Sosa la llamaría luego "la Cantora del Grijalva", de "vida marcada por el dolor" (Sosa, 1884: 1084 ss). Teresa no murió enseguida: fue rescatada y, tras dolorosa agonía, el 29 de mayo de 1859, el cielo le cumplió aquello de "pedir la muerte". Es una precursora de la tradición suicida de las poetisas, que Perla Schwarz denuncia para exorcizarla en *El quebranto del silencio* (1989).

El suicidio era una de las pasiones exaltadas del delirio romántico. Así explicaba "el vicio" —la "locura dominante" en el XIX— el sabio Vigil:

> Cada época social tiene sus vicios, y sus locuras dominantes, porque parece que hay un destino fatal encargado de advertir a la humanidad que siempre ha de permanecer lejos de la perfección que sueña […] Entre las locuras que afligen a las sociedades civilizadas modernas, la más digna de ocupar la atención del moralista es seguramente el suicidio, manía funesta que no ha carecido de defensores, lo que muchos tememos que en el porvenir vayan a ocupar un

[8] Del dominio popular, poema convertido en canción: "// Se entró de tarde en el río,// la sacó muerta el doctor;// dicen que murió de frío,// yo sé que murió de amor…"). Una joven guatemalteca se enamoró de Martí durante una estancia diplomática del cubano iniciador del modernismo literario. Seguramente le correspondió. Ella esperaba que, a su regreso, se casarían. Pero Martí regresó con otra esposa. El poema es una elegía, una penitencia, una expiación.

> lugar al lado de los apologistas del duelo, de la persecución religiosa y de otras locuras […] (Vigil *apud* Soler, 1877: 416)

Alguna crítica superficial argumentaría que Teresa Vera destaca no por su calidad literaria, sino precisamente por lo espectacular de su suicidio, acto notable. Cabe reflexionar al respecto desde el horizonte histórico del romanticismo en la región del sureste. En aquella época, en esos casos, a pesar de que lo consideren como "El *mal negro*: segundo acto de desobediencia" (Romero Chumacero, 2013: 65), el suicidio, por doloroso que sea, puede ser interpretado como la máxima expresión de la libertad personal, la última voluntad. Virginia Woolf, la Ofelia del *Hamlet* de Shakespeare, Alfonsina Storni, todas ellas deciden ejercer esa libertad y también mueren en el agua. Sí, como heroína romántica, Teresa Vera murió de amor; prefirió ser libre que someterse a la crítica social. Sus poemas brindan consuelo.

JOSEFA MURILLO, *LA ALONDRA CAUTIVA*

"Vagando en el Terruño" (a Elodia)
Amanece. Refleja el ancho río
nubes doradas, juncos y palmeras,
y va a perderse en el boscaje umbrío
donde fingen unirse las riberas...

En busca de los peces, codiciosas,
a la orilla dirígense las garzas,
espantando a las tiernas mariposas
que dormitan aún entre las zarzas...

Rápida la gaviota el aire hiende,
y el cisne alisa su ropaje blanco,
bajo el florido múchite que prende
la torcida raíz en el barranco...

En la selva, el virsúchil aromoso
liban ya los sedientos colibríes,

y el cardenal despierta receloso,
alisando sus plumas carmesíes...

La pálida laguna se abrillanta,
y al beso de la honda placentera,
se entreabre el nenúfar, mientras canta,
oculta en el bambú, la primavera...

Rasga la aurora el vaporoso velo
prendido entre los montes y las aguas,
y Tlacotalpan surge, irguiendo al cielo
el trémulo penacho de sus yaguas...

¡Cuán bella es! la espléndida paleta
de natura en su hechizo se consume:
cual la mujer amada del poeta,
tiene el color, la línea y el perfume...

Y hay en esa luz encantos sin iguales.
Porque esa luz, Elodia, es la que vimos
sonreír en el huerto y los portales
de la casita blanca en que nacimos...

¡Oh, mi tierra adorada! Al contemplarte,
goza mi alma y se eleva agradecida...
¡Quién conquistara un lauro que dejarte
como una ofrenda al terminar la vida!
(Tlaco, 2022: 1, en línea)

En febrero de 1860, nació Josefa Murillo; aquel año, la capital de la República se trasladó al Puerto de Veracruz, cuando el cercano pueblo mágico de Tlacotalpan era ya culto y liberal. El país convulsionaba, apenas salido de la Guerra de Reforma y ahora enfrentando la Intervención francesa, con Benito Juárez a la cabeza del gobierno, teniendo a su lado a los ministros Ocampo, Lerdo de Tejada, Guillermo Prieto y muchos liberales que, además de ser políticos, eran escritores, por lo que forjaban la patria no sólo con la espada,

sino también con la pluma. El coronel Manuel Gutiérrez Zamora, gobernador de Veracruz, hacía los honores a los huéspedes de la tres veces heroica ciudad. Sitiada y bombardeada por los conservadores de Miramón, muchos de sus defensores procedían de las llanuras sotaventinas y, en particular, de Tlacotalpan. El pueblo de hermoso trazo y singular arquitectura pluvial —perla tradicional de la Cuenca del Papaloapan, "río de las mariposas"— levantaba su blanco y poético caserío en la margen izquierda del río Padre de la Comarca.

Josefa Murillo Carlín nació en el hermoso paraíso de Tlacotalpan, asiento de antiguos territorios de totonacas, en la región de Sotavento, hoy patrimonio de la humanidad. De padre y madre notables, es otra escritora romántica por excelencia; hija de la terrateniente Manuela Carlín y del médico Mariano Murillo, quien, además, era gran hacendado. Debido a que Josefa padecía asma, el padre decidió mantenerla cautiva en la casa paterna —la finca, amplio terruño familiar desde el virreinato—. También autodidacta, empezó a publicar a los quince años en la prensa local *El Dictamen, El Correo de Sotavento, La voz de Sotavento, La Voz de Tlacotalpan*, y, al poco tiempo, en la nacional. De vida y obra atravesada por el sentimiento exaltado, las pasiones encontradas, la palabra emocionada, la expresión sublimada —horizonte histórico romántico—, cariñosamente la llamaron "la Alondra del Papaloapan".

Cuenta su biógrafa, María Teresa Dehesa Gómez y Farías, que la jovencita asmática, enterada de la reforma que ordenaba educación universal para niños y niñas, escribió una carta al presidente Juárez pidiendo que convenciera a su padre de que ella debía acudir a la escuela, pues, más que la salud, la inmovilizaba el dominio paterno. En secreto se dirigió al gran reformador, pero la misiva fue interceptada por algún cuidador de la honra de la familia Murillo; enterado el padre, se redobló la vigilancia. El Dr. Vera tejió una red para mantenerla cautiva: hay notas de que alguna vez quiso escapar en una barca, pero siempre la denunciaba el caporal de la hacienda paterna.

Pese a que la suya es una condición debilitante con la que se vive a medias, incapacitante, semejante a un estado de agonía permanente, respiración arrestada, su pluma sobrepasa toda limitación, es intrépida, audaz y osada en su escritura. Desde las orillas del Río de las Mariposas, escribe y se relaciona con los escritores contemporáneos, como en este perfecto soneto, "Adiós y siempre adiós", el cual dedica al notable José M. Zayas. Un siglo después, José Emilio Pacheco lo incluye en su *Antología*, y lo señala como botón de muestra del canon nacional:

¡Adiós y siempre adiós! Desde la cuna
cuántos seres amamos que nos dejan.
Los genios y los ángeles se alejan
asidos a los rayos de la luna.

Luego nos arrebata la fortuna
corazones que al nuestro se asemejan
y ojos que en nuestros ojos se reflejan
cual astros en la pálida laguna.

Hay en toda una eterna despedida:
el celaje se va, la ola rueda;
huye el ave y marchítase la rosa.

En medio de un adiós cruza la vida
y un último cariño, si nos queda,
nos dice adiós a orillas de la fosa.
(Murillo en Pacheco, 1979: I, 177)

Poetisa del dolor y el desamor, una y otra vez se animó a trascender el cautiverio paterno, publicando, haciendo sonar su voz a escala nacional e internacional. La escritora, reverenciada incluso por el político y novelista José López Portillo, sólo salió de su pueblo natal una vez, para visitar al médico. Recorrió apenas unos doscientos kilómetros, un par de días fuera de sus riberas. Muestra de ese sentimiento de reclusión lo tenemos en la metáfora de una jaula, en "¡Alma Mía!", que Vigil incluiría en su *Antología* de 1893:

Avecilla peregrina,
tú, la de los sueños de oro,
y las visiones celestes,
y los anhelos hermosos,
¿cómo te ves prisionera
en una jaula de lodo,
colocada entre las zarzas
de este valle triste y lóbrego?

Aquí no tienen tus alas
cielo, ni aurora tus ojos;
aquí todo está cubierto
con una nube de polvo.

[…]

Pero el destierro se pasa;
y entre suspiros y lloros,
de la libertad el día
al fin llega, tarde o pronto.
¡Ya me parece mirarte
revolar llena de gozo,
mientras que rueda, deshecha,
la triste jaula en el lodo!
(Murillo en Vigil, 1893: 190)

Destaca una vasta producción poética satírica, con gala de ironía, que denota la crítica social, el interés por ridiculizar las asignaciones tradicionales de género: diatriba contra hombres y mujeres. Aquí un fragmento de "Don Pegote", sátira burlona y mordaz al vecino que por ocho horas se instala en casa sin invitación:

Ha llegado la hora del almuerzo,
sin poderlo evitar,
oye sonar los trinches y los platos
¡Y no se va!
Dan las once... la historia de los gringos
se dispone a empezar,
a las doce concluye; dan la una
¡Y no se va!
[…]
A las seis y cuarenta: —"Si se empeñan,
me quedaré a cenar".
¡Se ha invitado y es claro que se queda,
¡Y no se va!

Cenamos. —"Porque no se me aplique
el dicho de adiós Blas,
estaré otro ratito con ustedes".
¡Y no se va!
(Murillo en Rodríguez Beltrán, 1899: 45)

Dechado de ironía hay en esta meta alegoría de aquel proverbio machista que reza "mujeres juntas, sólo difuntas". Como si se tratara de una lección para corregir amistades, en estos fragmentos de "Los acuerdos de la envidia" se pasa del ridículo, al sentido profundo y el rechazo a lo tradicional:

-Porque tiene los brazos
mórbidos, bellos,
delgada la cintura,
redondo el seno;
porque brilla en sus ojos
lánguido fuego,
semejante a la lumbre
de los luceros;
porque muchos, al verla,
sienten deseos
de besar donde posa
su pie pequeño;
porque da celos,
es justo y necesario
que nos venguemos. […]

—Luego, afilad las lanzas
que poseemos,
y con ellas, lo blanco
tornad en negro.
Derramad la ponzoña
de vuestro pecho,
y heridla en lo más caro
del sentimiento.
Cuando de la punzada

sienta el veneno,
escucharéis mil risas
y palmoteos...

¡Id sin misterios!
¡La sociedad acoge
vuestros acuerdos!
(Murillo en Granillo, 2000: II, 243)

De acuerdo con su biógrafa, "Josefa Murillo ve llegar el primero y único amor de su vida en plena juventud" (Dehesa Gómez y Farías, 1980: 95). El galán favorecido por Pepilla fue Lorenzo de la Puente Aguirre, empleado de confianza en la Hacienda San Nicolás, al otro lado del río. Como contaban con anuencia paterna, por las tardes, Lorenzo llegaba al huerto en el que ella lo esperaba, luego de atravesar el río en la tradicional canoa. Un día, la vieja canoa, en vez de conducir al amado, trajo el ataúd con sus despojos, pues Lorenzo murió tres días después de haberse enfermado de fiebre amarilla. La tragedia envolvió a Josefa, cuyo débil cuerpo se consumía; el asma era cada vez más frecuente e intensa. Entre la vida y la muerte, su existencia era un vaivén entre lo sublime y lo abyecto, entre el encierro y la libertad, el amor y el desamor, como se describe a sí misma, en este fragmento, que escribió cuando se enteró de la muerte del amado:

Quiere ir al claustro y no puede
abrir las rejas pesadas.
Quiere olvidar y el olvido
se ríe cuando le llama.
A la amistad se confía
y la herida se agranda.
(Murillo en Dehesa Gómez y Farías, 1980: 96)

Josefa fallece el 1 de septiembre de 1898, antes de cumplir los 40 años, virgen, sin educación formal, pero sí autodidacta, políglota, sin haber podido abandonar nunca la casa paterna. Como Baudelaire o las hermanas Anne y Charlotte Bronté (asma, tuberculosis) y otras heroínas románticas, la mata el asma. Sus funerales ocuparon los titulares de varios periódicos. Su contempo-

ráneo, el bibliófilo Rodríguez Beltrán, organizó un Homenaje Nacional. Al funeral, en Tlacotalpan, llegaron más de una treintena de hombres de letras, políticos, magistrados y profesores. Rodríguez publica el homenaje (1899), que recopila poesía lírica y algunas sátiras de Josefa, así como los panegíricos de muchos notables que reconocieron tal perfección y belleza poética. Es el caso de Justo Sierra, quien la llama "pura y triste precursora de las misioneras del mañana", porque "el poeta del porvenir es la mujer". De igual manera, Antonio de la Peña y Reyes asegura que Sor Juana, Laura Méndez de Cuenca y Josefa Murillo son "la trinidad gloriosa de nuestras poetisas". Por su parte, Amado Nervo asegura que su obra es "una joya literaria"; una entre ocho de "las mejores poesías amorosas" en lengua española. "Por la unidad y redondez de concepción; por la suavidad y pureza de sus virginales expresiones; así como por lo elevado de su inspiración poética, Josefa Murillo es la legítima continuadora de Sor Juana Inés de la Cruz […] Os desafío a que encontréis algo más delicado, más ingenuamente bello, más perfecto", y la cita:

Así
Así
Elevóse en la orilla del arroyo
blanco jirón de gasa,
y al llegar a lo azul, desvanecióse,
cayendo en gotas de agua.

Mi esperanza de amor se alzó ligera
como esa nube blanca,
flotó un punto en el cielo de la dicha,
y se deshizo en lágrimas.
(Murillo en Rodríguez, 1898: 235)

Como aquellas heroínas de las novelas románticas europeas que morían de agotamiento, de tisis o de tuberculosis, nuestra "Pepilla" sucumbió al esclavizante cautiverio que coronó su existencia de pueblerina enamorada, de novia-viuda; espíritu alto —condición de fuerza masculina—, atrapado por lo bajo —condición sumisa femenina—, de alas cortadas y experiencia lánguida. En el imaginario mexicano de entonces y de ahora, Josefa encarna esa figura romántica: un espíritu grande atrapado en una sociedad pequeña;

mente superior que llevó una vida triste, pese a ser una gran promesa como escritora, y que despierta admiración. Alcanza a completar una obra poética de primera línea que trasciende y reverbera en nuestros días, incluso del otro lado del Atlántico, como esta ola:

La ola
Recuerda el tiempo que en la playa sola,
al ver la ola
que alumbraba el sol,
tú me dijiste que la mar un día
se acabaría
antes que tu amor.

Hoy que te busco por la playa sola,
no está la ola
que alumbraba el sol;
las olas mueren y tu amor no existe;
¡qué mal supiste
comparar tu amor!
(Murillo, 2018: 4)

En 1986, Salvador Moreno publicó, en Valencia, España, una selección poética de Josefa Murillo que tuvo gran éxito. Afirmaba la semejanza del estro de nuestra Alondra, con el impulso poético de Rosalía de Castro —gran gallega que encarna la cumbre del espíritu romántico español— y señalaba que la maestría excelsa de la lengua española de nuestra veracruzana lo impulsaron a rescatar la obra de la poetisa. Moreno era hijo de españoles, nacido en Orizaba, Veracruz, en 1916. Por su amor a la música regional, suele decirse que era "un veracruzano total":[9] músico, director teatral, escritor, pintor, amigo de poetas y cantantes. De acuerdo con el carácter regional, Moreno decidió musicalizar la poesía de García Lorca, de Garcilaso y de Josefa. En el caso de esta última, creó la partitura para la breve, pero muy conocida "Definición":

9 Refrán popular en la región: "De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco".

Amor, dijo la rosa, es un perfume.
Amor es un murmullo, dijo el agua.
Amor es un suspiro, dijo el viento.

Amor es un suspiro, dijo el céfiro.
Amor, dijo la luz, es una llama.
¡Oh cuánto habéis mentido!
Amor es una lágrima.
(Murillo en Pacheco, 1977; 178)

Con esta "joya literaria", síntesis de lo romántico, poesía condensada, Moreno convenció fácilmente a Victoria de los Ángeles —la notable catalana soprano lírica (lírica spinto)— para que cantara celebérrimo sexteto, el cual deleitaría a un sinnúmero de generaciones y que en internet cuenta con miles de visitas,[10] pese a que Josefa sólo salió una vez de la finca paterna.

Marcela Lagarde, desde la antropología de género, explica los arrestos domiciliarios que cataloga en sus *Cautiverios.* En Tlacotalpan, la "Alondra" sigue recibiendo homenajes cada año, y llegan huéspedes a visitar su estro en la casa natal. Pocos poetas del XIX mexicano pueden jactarse de ser apreciados por otras generaciones y en otras latitudes. Esto constituye, según la teoría de la recepción literaria, el efecto de transmisión de la obra. Después del efecto estético, viene aquello de lograr "continuidad literaria", condición de "tradición de la obra literaria" que le da dimensión histórica. La alcanzan los discursos, los textos poéticos que pasan de una generación a otra, que van dejando huella al ser comunicados de una a otra parte, de una a otra época, de uno a otro autor-autora, de una a otra lectora.

¿Cuál es el sentido literario del asma, hacia dónde va el reconocimiento de la enfermedad como agente poético? En *La enfermedad como fuerza creadora*, Gil Extremera pondera, positivamente para la creatividad, dolencias de genios como Moliere, la tuberculosis pulmonar de Haendel o el ictus cerebral reversible, así como la aplasia medular de Marie Curie (2012: 6-89). ¿Qué tanto el asma es responsable del ímpetu creador en Josefa, más allá de aquel

[10] "Definición", canción de Salvador Moreno, con letra de Josefa Murillo, en la voz de Victoria de los Ángeles, en *The Esential Concert Perfomances* (en línea).

"mal histérico" señalado por Bartolache? ¿En qué medida permanecer cautiva, aislada en Tlacotalpan, marcó la escritura de Murillo? Veracruz, tierra de tradiciones, sones y poetas, celebra, al menos, dos festivales anuales de música jarocha y décimas. La región muestra la vocación especialmente interesante de formar un vínculo cultural e histórico entre la música andaluza, la del centro-occidente de África y de las culturas nativas de Mesoamérica. Josefa es, pues, la expresión de una región sociocultural, de un imaginario colectivo y una individualidad femenina. Las tías maternas —las hermanas Carlín— se dedicaron a enseñarle, por lo que aprendió inglés, francés, latín, y leyó a los clásicos y a los románticos, como Víctor Hugo y Lamartine. Políglota y autodidacta, su amor a la patria la llevó a aprender zapoteco, de los cañeros y otros trabajadores de la finca paterna (como Sor Juana, que aprendió náhuatl).

Contraste
Sobre los troncos de las encinas
paran un punto las golondrinas
y alegres notas al viento dan:
¿Por qué así cantan? ¿Qué gozo tienen?
es porque saben de dónde vienen
y adónde van.

En este viaje que llaman vida,
cansado el pecho y el alma herida,
tristes cantares al viento doy:
¿Por qué así sufro? ¿Qué penas tengo?
Es porque ignoro de dónde vengo
y adónde voy.
(Murillo en Pacheco, 1979: I, 177)

Es José Emilio Pacheco quien la compara con Emily Dickinson, otra poetisa soltera, cautiva paterna, atrapada entre la pasión y el encierro. Acaso por ellas, rezonga Rosario Castellanos en su "Meditación en el umbral", es decir, a punto de salir de casa, para abandonar la esclavitud doméstica al rechazar los cautiverios, las cárceles de las Sor Juanas, las Madame Bovary, las Dickinson y Santas Teresas, en busca de "Otro modo de ser humano y libre" (Castellanos, 1972).

ANTONIA VALLEJO, *LA ROSA DEL CAMPO QUE EN SONETOS DABA "UN CONSEJO" A LOS DIPUTADOS*

¿Quiere el Gobierno hacer economías
y que no haya escasez en el erario?
¿Quiere que haya sobrado numerario
y no ver las penurias de otros días?

¿No quiere dar al pueblo más sangrías
y procura solícito al contrario.
proporcionarle sin cesar, y a diario,
muchas satisfacciones y alegrías?

Pues entonces resuelva con cuidado
y suma diligencia, y gran premura,
suprimir nuestra actual Legislatura.

Haciendo ya que cada diputado
abandone las dietas y la holgura
que hace más de cuatro años ha gozado.
(Vallejo en Dávila Garibi, 1933: 71) [11]

En otra soltera famosa, Antonia, se nota el avance del protofeminismo en la segunda mitad del siglo. Gracias a su escritura, sabemos de la decisión personal de ser libre, de permanecer soltera para vivir feliz, sumida en sus libros, en sus escritos y rodeada de amigas y amigos. Primero, lo romántico, luego la escritura del paisaje y la problemática nacional. Asomos de crítica social e intereses políticos inauguran esta sección: despliegue de ironía, el sarcasmo que desfila como burla de los corruptos, como puede leerse en el poema anterior.

Antonia Vallejo Ruiz Pujadas nació en 1842, en Guadalajara —la Perla de Occidente—, segunda ciudad en importancia económica, social y cultural

[11] José Ignacio *Dávila Garibi recupera todos los poemas aquí citados en Florilegio de Antonia Vallejo* (1933). Para indicar la transmisión cito también otras fuentes.

desde la época virreinal. Hija de familia acomodada, desde jovencita se acostumbró a disfrutar de saraos y tertulias, reuniones culturales y artísticas desde casa, en famoso salón decimonónico. Su padre, el notable abogado Jacobo María Vallejo y Fernández de Castro, y su madre, Francisca Ruiz Pujadas y Piña, provenían de la clase social alta, poseedora de dinero e influencias. Ambos agasajaban a escritores y escritoras, a periodistas, pintores, músicos, historiadores. Escuchando a la élite jalisciense, Antonia enriqueció su educación, que había sido esmerada. A los 18 años, la invitaron a celebrar al autor dramático Alfonso Lancaster Jones, y publica con otras plumas jóvenes en un poemario (González, 1988: 157). Así arranca públicamente su carrera literaria.

Se sabe que Antonia, pese a ser de "familia de abolengo", decide no casarse ni tener hijos, obligaciones del "Bello Sexo". Soltera siempre, continúa con la tradición familiar y congrega reuniones ilustradas en su salón. Pronto se distingue por ella misma en la escena intelectual jalisciense y publica en periódicos y revistas. Es reconocida en sociedad por sus amplios conocimientos históricos, literarios, filológicos. La suya fue una vida dedicada por completo a la escritura; una mujer intelectual que escribe en verso y en prosa. Tuvo una casa propia y 500 libras, gracias a la herencia paterna, y no se le conoció ningún enamorado. Aunque del amor así se expresa, prefiere soñar, "Siempre soñar", con el *imperio déspota del amor:*

¡Siempre soñar!
¡Amor, amor!: bendito aquel momento
en que tu imperio déspota sentí,
y hasta la libertad del pensamiento
a tus plantas solícita rendí.

¡Oh dulce amor, tesoro de las almas,
que haces del mundo delicioso edén;
tú mis pesares bondadoso calmas,
haciéndome esperar supremo bien!.

Sin el amor ¿qué fuera de la vida?
un piélago profundo de pesar,
donde bogara el alma dolorida
sin un instante de reposo hallar.

[…]

¡Que del amor se burle el que no siente
un corazón de fuego palpitar;
que se burle en buena hora, si en su mente
alas a una ilusión no sabe dar!

Los que ese intenso y dulce sentimiento
por su mal no han podido comprender;
los que miran pasar cada momento
sin esperar en nada ni creer.

¡Que se burlen también, que yo entre tanto,
un culto sin igual le rendiré,
y si por él mis ojos vierten llanto,
ese llanto de amor bendeciré!

Y viviré feliz en mis dolores,
y sabré el infortunio desafiar;
y en los abrojos fingireme flores
y mi vida será siempre soñar.

Colabora en la prensa tapatía, en *El Diario de Jalisco*, *El Mexicano*, *La Libertad*, *La Democracia Cristiana* y *Restauración*. Escribe gustosa para la prensa zacatecana, como *La Verdad, El Celaje*. Todavía hay mucho que investigar sobre su vida, de la que se sabe poco, y su vasta obra está esperando recuperación. Hay quienes consideran que "por su extrema modestia no gustaba que se escribiera sobre ella" (Wikipedia, s.a.). Sin embargo, tal *modestia* no le impidió ser conocida en la Ciudad de México, incluso entre la intelectualidad femenina. En su discurso abunda la poesía metafísica, religiosa; se dice que algunos poemas fueron adaptados y musicalizados como himnos guadalupanos, y eran cantados en misa. Aquí está "Ceniza (Para el perdón guadalupano)":

"Eres polvo, y en polvo ciertamente
te tienes que tornar"

—repitió el sacerdote— y en mi frente
el signo de la cruz llegó a pintar.

Que soy polvo y ceniza y que son nada,
al punto comprendí,
y al inclinar la frente anonadada,
el curso de mi vida recorrí.

¿Qué se hicieron los seres, esos seres
a quienes tanto amé?
Pasaron con sus penas y placeres;
pasaron como todo lo que fue.

De su existencia breve y transitoria
tan sólo queda ya
un recuerdo que guarda mi memoria
y que junto conmigo morirá.

[…]

Yo lo mismo que todos los humanos
desapareceré:
será mi carne pasto de gusanos,
y en tierra, toda yo, me tornaré.

Pero aún siendo ceniza la envoltura,
materia nada más,
el alma no perece, va a la altura
y con su Dios no morirá jamás.
(Vallejo en Vigil, 1933: 97-99)

Veinteañera, Antonia cambia su residencia y vive en Lagos de Moreno de 1861 a 1884. Conoce al padre Agustín Rivera y Sanromán, y entablan una bella amistad. Ciertamente, escribió muchos poemas espirituales. ¿Acaso le sugirieron como uno de los cautiverios el de ser monja? Pues se negó a ser madresposa, y tampoco fue presa ni loca, menos "puta". Años después, la con-

vencieron de publicar unos *Apuntes para la historia del beaterio (*Velasco, 2015: 173), que seguramente revelan beneficios y algunos maleficios del estado de reclusión de las beatas, notas que provienen de aquellos años y aquella amistad. Sin embargo, se negó también a ser monja. "Al Señor presbítero doctor Agustín Rivera", dedicó esta inquietante expresión, parangón que denota sentimentalismo, un símil denso, una mujer comparándose con un soldado. ¿Dónde quedó el sexo débil? Parece algo disparatado, pero bien leído entraña un profundo significado en torno a lo efímero de la vida:

> **En la batalla**
> Como un soldado que se encuentra inerte
> ante el cañón que sin cesar estalla,
> y ve cerca de sí que la metralla
> a muchos compañeros les da muerte;
> que de las balas el silbar le advierte
> que no hallará defensa en la muralla,
> y que pronto, muy pronto en la batalla
> tendrá que sucumbir de cualquier suerte.
>
> Así contemplo yo que de mi lado
> la Parca va cegando sin demora
> mis parientes y amigos cada día;
> y permanezco en pie, como el soldado,
> esperando la bala silbadora
> que dará fin a la existencia mía.
> (Vallejo en Velasco, 2015: 153)

¿Quien así se expresa es tímida? ¿De veras sería modesta? Cuando regresa a Guadalajara, las tertulias continúan. Entre sus amistades se incluyen mentes brillantes, como Aurelio Luis Gallardo, Ireneo Paz, Francisco J. Zavala, Luis M. Rivera, Federico E. Alatorre, Clemente Villaseñor, Alberto Santoscoy, José María Vigil. Cuando visitaban Guadalajara, intelectuales como Juan de Dios Peza, José Peón y Contreras, Juan Hernández y Dávalos, Juan Rousset o José María Agreda y Sánchez, Antonia los recibía y compartía sus conocimientos históricos y literarios. Y claro, ella también pensaba en los problemas nacionales y escribía de política, con un tono ético que sobrepasaba lo común.

Por diálogos como este, entre la paz y la guerra, su biógrafa, llega a decir que sorprende el librepensamiento de Antonia en la esfera pública:

Paz y guerra
Yo soy poder y fuerza, yo soy omnipotente,
el mundo, reverente bajo mi imperio está;
por eso siempre altiva domino a las naciones
y llevo mis legiones a donde mi aliento va.

Me buscan los valientes, los hombres esforzados
que quieren de soldados su nombre eternizar,
y me huyen los cobardes, los débiles, los tontos
que nunca estarán prontos la gloria a conquistar.

Yo doy y quito cetros a los altivos reyes,
promulgo nuevas leyes que llenan de pavor;
a un pueblo que hoy liberto, y exalto, y divinizo,
después lo tiranizo y trato con rigor.

El Derecho Divino a veces yo proclamo
y en su nombre reclamo de Dios la autoridad;
en otras le maldigo y niego su existencia,
le opongo resistencia y grito ¿Libertad?

Yo derribo un palacio como derribo un templo
y gozosa contemplo tanta desolación;
con las ruinas levanto colosales murallas
y libro las batallas que dicta la ambición.

¿Quién contra mí se atreve? ¡Yo soy la heroica guerra
que al mundo todo aterra: yo lo dominaré;
no hay quien pueda igualarme en fuerza y poderío,
ninguno iguala al mío! ¡Yo siempre venceré!

Y dijo una voz dulce, modesta y armoniosa:
—Yo soy la Paz, ansiosa de dar tranquilidad;

el que conmigo vive, el que conmigo mora,
mil bienes atesora para la eternidad.

En donde impero yo, en donde yo domino,
es fácil el camino, brillante el porvenir;
los hombres me bendicen, los pueblos me proclaman
y siempre que me llaman, no tardo en acudir.

A mi sombra florecen las ciencias y las artes,
la industria en todas partes tremola su pendón;
el comercio se ensancha y los mares cruzando
las razas va ligando con vínculos de unión.

Los campos se cultivan, y en todos los poblados
surgen, bien acabados, llenos de majestad,
colegios y hospitales, y templos y casinos,
que son amplios caminos de la fraternidad.

Y soy también Progreso que, a remotas regiones,
llevo, con mis legiones, la civilización;
ciencias, artes, industrias, con rapidez difundo
desde el antiguo mundo, al mundo de Colón.

—Yo traje en los bajeles de la distante España
un habla que era extraña, y una nueva fe.
—Mas yo las extendí con santos misioneros
ilustres compañeros de Fray Bartolomé.

Y replicó la guerra: Yo tengo una excelencia:
¡nadie de mi existencia la fecha apuntará!
soy antes que los tiempos, soy anterior al mundo;
mi nombre tremebundo siempre resonará.

—Yo descendí del cielo, mi origen es divino,
soy hija del que vino solícito a decir:

"La paz de Dios os dejo. La paz sea con vosotros,
amaos unos a otros, amaos hasta morir".

Y es esa la doctrina que llevo por enseña,
con la que me hago dueña del mundo intelectual;
conquisto voluntades, atraigo corazones
y a todas las naciones apártolas del mal.

—Es que tú las enervas, matas sus energías;
por eso en estos días tu imperio dominó
Yo llevo grandes fines, mi obra es meritoria:
¡Doy héroes a la historia!
—Los santos le doy yo.
(Vallejo en Granillo, 2000: II, 372)

De la vida de Antonia se sabe poco. Aun así, el prejuicio del "Bello Sexo" continuaba, por lo que un historiador de la literatura jalisciense imagina que fue autodidacta, pues sólo los hombres estudiaban y en los seminarios. Reconoce que era muy aceptada en sociedad, debido a la herencia paterna y a las famosas tertulias. Eso sí, señala aquella "envidia" que denunciaba Murillo, pues, según él: "Por su simpatía personal y la vastedad de su cultura, Antonia, que jamás contrajo nupcias, aglutina en su casa a la intelectualidad tapatía, en sabrosas tertulias que no dejaban de despertar los celos de las esposas, marginadas de estas reuniones" (Vogt, 1994: 75). ¿Atraer maridos de otras? ¿Ella que declara su libertad del género tradicional? Otra mirada equivocada o, más bien, ceguera de género. Reconocida por su escritura, Antonia publicó también en prensa femenina, en *El Correo de las Señoras* y en *La Palabra*. Y alternó con escritoras destacadas, sus contemporáneas, coetáneas como Esther Tapia de Castellanos, "la eminente poetisa", a quien dedica la elegía que titula "Crespones":

Guadalajara, llénate de duelo
y deja conocer tu honda tristeza;
oculta cuidadosa tu belleza;
enluta lo azulado de tu cielo.

Opaca los murmurios de tu brisa,
disminuye el aroma de tus flores,
apágales sus vívidos colores
y suspende en los labios la sonrisa.

[…]

Esther, la insigne Esther, la mujer fuerte
que con denuedo batallado había,
herida por aguda nostalgia,
impávida sintió llegar la muerte.

Tranquila con la fe que ofrece un cielo
al que sigue de Dios la fe sagrada,
de este mísero mundo desligada,
a su patria natal dirigió el vuelo.

Llora, Guadalajara, su partida,
tributa a su memoria mil honores,
cubre su tumba con fragantes flores
y conserva su nombre envanecida.

Vogt aplica lente masculino a las firmas de Antonia, y malinterpreta el juego de los sexos de nuestra poetisa:

> Antonia escribía mucho en la prensa nacional y poco en los periódicos locales. Tal vez por miedo a la sociedad conservadora de su época oculta su identidad detrás de varios pseudónimos. Como hija de familia de rancio abolengo trata de evitar los escándalos y cultiva sus relaciones con los intelectuales conservadores que la aprecian por formar parte de una antigua familia tapatía. El más común es el anagrama *Ana Jovial Noell*… Otros pseudónimos que usa son *Sylvia, Rosa del Campo, Aquiles y Alcibíades*. Acostumbra firmar sus artículos políticos con un pseudónimo masculino. Sólo los artículos de tipo cultural llevan como firma su nombre. (Vogt, 1994: 78)

Se equivoca cuando afirma que la escritora recurre al seudónimo masculino para protegerse. ¿Por qué no aceptar que se trata de tener acceso a otra personalidad? Más que usurpación de atributos de género, liberación de identidades tradicionales. Antonia era una mujer fuerte, igual que Esther Tapia. En ocasiones, el travestismo femenino en literatura constituye una estrategia para la supervivencia de las mujeres en el ambiente literario, donde impera una ideología patriarcal. Puede pensarse que las incipientes escritoras mexicanas se resguardaban en el anonimato y los falsos nombres, ya que tener mayores talentos que un marido en potencia y publicarlos precipitaría la muerte social para toda jovencita casadera. Antonia nunca fue casadera. Más bien jugaba a escribir desde otras mentes, otras personalidades, algo común en la época, incluso ahora. De ahí las miles de páginas de diccionarios de sinónimos del siglo pasado (Ruíz Castañeda y Márquez Acevedo, 1985 y 1990).

En Jalisco, tierra de ilustre escritura, Antonia no era modesta ni tenía por qué ocultarse; más bien, jugaba en la escena literaria y aceptaba los desafíos. Era mujer que siempre podía decir algo, como en este "Tema impuesto", que denota el prolongado segundo romanticismo y mucha ironía en el tratamiento del corazón, en el desarrollo de lo amoroso, que titula "Mal del alma":

> Mi lesionado corazón se muere,
> no sé si de hipertrofia o de atonía;
> no late con la fuerza que latía,
> y de su estado anómalo se infiere
> que se halla en el período de agonía.
>
> ¿De qué se morirá? Fuese tontera
> sucumbir a un amor correspondido
> cuando una vida plácida se espera,
> y necedad imperdonable fuera
> morir por un amor escarnecido.
>
> ¿Cuál es la oculta y enconosa herida
> que así le roba sin piedad la vida,
> con agudo y atroz padecimiento?
> La ciencia no ha logrado, confundida,
> diagnosticar tan hondo sufrimiento.

Arcano incomprensible y tenebroso
en que sólo hay de cierto la amargura
que anonada mi espíritu medroso,
y la existencia llena de tristura
que llevaré sin paz y sin reposo.

¿Qué me importa tu mal, corazón mío,
si la esperanza para mí acabo?
En lo profundo de mi duelo impío
querer vida moral es desvarío;
el músculo se cura ¡el alma no!
(Vallejo en Granillo, 2010: II, 361)

Habrá que sonreír ante el inteligente sarcasmo, contraste entre la física y la metafísica, el cuerpo y el espíritu. Otra de sus lectoras profesionales lo destaca: "Muchas poetisas dieron prueba de su capacidad creativa y de su delicadeza, pero tal vez ninguna igualó el sentido del humor y la constante fina ironía de Antonia Vallejo, incluso en su vejez lúcida y aguda" (González Casillas, 1987: 292).

El librepensamiento de Antonia destaca en el soneto epígrafe de este artículo, al dar lecciones de austeridad republicana —nada conservadora— a los diputados. O bien la crítica encubierta a la invitación de escribir sobre lo tradicional, el sentimentalismo exaltado, la identidad de géneros tradicionales. No critica escritoras, más bien ironiza sobre la ignorancia de un poeta en fragmentos de esta "Carta a Filiberto Gallardo", el editor. Se acercaba ya a su final el romanticismo y esta composición anuncia la era de "romperle el cuello al cisne". Ciertamente, hay una denuncia velada a la exclusión de mujeres en las sociedades científicas, en el Ateneo:

Me ha suplicado Usted que en verso o prosa
escriba alguna cosa
para enviar al "Correo de las Señoras",
algo como un artículo a una rosa
madrigales, sonetos o doloras.

Mas no he podido, hallar como yo quiero,

asunto verdadero;
porque charlas así de fantasía,
muchas veces, muchísimas prefiero
no mencionar que aquesta boca es mía.

¿He de hablar de los sueños que imprudente
acaricia la mente,
o del dolor que me desgarra el pecho,
para que alguno diga indiferente:
"que le haga a usted señora, buen provecho"?

[…]

Si me atreviera a hablar sobre el cometa,
—como cierto poeta—
sin nada conocer de astronomía,
que estaba yo perdiendo la chaveta
Usted, antes que nadie, pensaría.

Bien pudiera cantar a las estrellas,
aun sin oírme ellas;
que no se necesita mucha ciencia
para decir que son antorchas bellas
que de Dios encendió la omnipotencia.

Pero se ha dicho ya sobre ellas tanto,
que sin duda mi canto
ninguna novedad encerraría,
y no quiero tener el desencanto
de escribir lo que a nadie agradaría.

[…]

Que el lirio llame a la purpúrea rosa
altiva y orgullosa,
trémulo de pasión y despechado,

yo no nunca he oído semejante cosa,
por más que alguna vez lo he procurado.
Ni he visto ruborosa a la violeta
ocultarse discreta
para evitar el soplo de la brisa;
ni el beso audaz de mariposa inquieta,
que de una en otra flor vuela indecisa.

[…]

Y como nada sé, ni nada he visto,
con justicia resisto
colaborar en el Correo ilustrado;
aunque usted se disguste, yo persisto
en guardar el silencio que he guardado.

Y pues es de Señoras el Correo,
bien puedo, a lo que creo,
siendo yo, como soy, una señora
que nunca ha de ingresar al Ateneo,
conservar mi papel de subscriptora.
(Vallejo en Granillo, 2010: II, 368)

Siempre tiene algo que decir para conmover o convencer, para hacerse notar ¿Y no es acaso la risa, la ironía, la burla, el humor, la tendencia sustantiva en la literatura en lengua española, como en *El Quijote*? Aquí, fragmentos de la diatriba contra el abuso sexual de los médicos, contra las inyecciones, los toqueteos masculinos en las partes íntimas femeninas, a la vez una ponderación de la medicina natural, tradicional, de sabiduría femenina. "Dos métodos curativos" ("Recomendación a Lupe"):[12]

Te he dicho en mil ocasiones,
y te lo sigo diciendo,

[12] Dávila, González Casillas y Vogt citan esta diatriba, lo cual indica la trascendencia.

que cuando me esté muriendo
no me pongas inyecciones.

No las quiero de alcanfor,
ni mucho menos de suero.
¿Que no me piquen el cuero,
te lo pido por favor?

Que al fin se muere la gente
lo mismo que se moría
cuando aún no se conocía
remedio tan excelente.

Ni había debajo del Sol,
como hoy, tanta medicina
que ha de terminar en "ina"
o cuando menos en "ol".

Prefiero, sin vacilar,
el antiguo tratamiento
del cual un conocimiento
pequeño te voy a dar:

Si acaso una inflamación
al enfermo le amenaza,
cataplasmas de linaza
con aceite de melón.

Con el bálsamo tranquilo,
de castor o de beleño,
puede conciliar el sueño,
dormir la noche de un hilo.

[…]

Observa este tratamiento
económico y seguro,
que en su aplicación no es duro,
y sí de gran valimiento.

Recuerdo que en mi niñez
me lo hubieron aplicado,
y a él debo haber alcanzado
la edad en que ahora me ves.
(Vallejo en Granillo, 2010: II, 366)

A diferencia de otras románticas, Antonia disfrutó de larga vida. Murió en 1939, a los 97 años, y, como leemos, a su libertad de elegir atribuye su avanzada edad. En 1933, su admirador, Dávila Garibi, académico de la lengua, abogado e historiador, le dedica en vida un "Estudio biográfico" y la nombra "Decana de la prensa nacional con 75 años de labor ininterrumpida"; "la más antigua periodista mexicana" (Dávila Garibi, 1933). El 8 de septiembre, la Barra de Abogados de la Ciudad de México organizó un "festival de homenaje a la ilustre poetisa", quien seguía "en pleno uso de sus facultades intelectuales". Dávila Garibi fue el único que consignó en vida algunos datos de ella, su historia personal y parte de su obra, la cual publicó en un *Florilegio* (1933). Después, amplió la selección poética para incluir un estudio biográfico, donde afirma: "se perfeccionaron en la señorita Vallejo, el espíritu de observación; el hábito de juzgar con serenidad y de emitir sus opiniones con suma discreción; el gusto por las buenas lecturas y, sobre todo, la afición por los estudios poéticos y literarios, en los cuales desde muy temprana edad se inició" (Dávila Garibi, 1933: 7 y ss). En este soneto titulado "Cambios", la soltera se burla del aburrimiento masculino, nótese la dificultad en la rima y lo acertado del léxico:

Un sujeto, aburrido cierto día
de no poder cambiar su mobiliario,
resolvió destinar a uso contrario
cada cosa del uso que tenía.

Comió, pues, en la cama en que dormía;
para acostarse destinó el armario;

hizo libro de misa el diccionario
y pretendió fumarse una bujía.

Mas cuando estuvo todo trastornado,
hasta formar pañuelos con los guantes,
no dejó de sentirse contrariado.

Y al mirar los servicios discordantes,
tuvo que confesar, mal de su agrado,
que era mayor el desconcierto que antes.
(Vallejo en Dávila Garibi, 1933: 63-64)

A insistencia de sus amistades, entre ellos el ingeniero Enrique Benítez, Antonia aceptó dar a la imprenta un poemario, cuyo título ostentaba libertad: *Para mí.* Hace falta recuperar ese poemario, pues otra de sus biógrafas indica que nadie se ha ocupado de "reunir las colaboraciones de la señorita Vallejo en periódicos de Guadalajara (*El Diario de Jalisco, El Mexicano, La Libertad, La Democracia Cristiana y Restauración*), Zacatecas (*La Verdad, El Celaje, El Filograma*), de Tepic (*El Orden)* y la Ciudad de México (*El Correo de las Señoras y La Palabra*)" (Velasco, 2015: 16). ¿Vale preguntarse si en 2015 hay equívoco al llamarla "Señorita Vallejo"? ¿Importa eso? Sirvan estas lecturas muestra para animar a las jóvenes investigadoras de la literatura mexicana para recuperar esta rica herencia de una mujer soltera que vivió escribiendo en su cuarto propio y con las 500 libras, disfrutando la soltería, mujer liberada.

CONCLUSIÓN, RECUPERAR EL LINAJE

Conforme se acercaba el siglo xx, eran cada vez más notables los avances hacia la emancipación de las mujeres. Muchas solteras comenzaron a ser reconocidas, ya no como sexo débil ni como feas o repudiadas, histéricas o ignorantes. Antes bien, organizadas en colectivos, se convirtieron en emprendedoras e impulsaron la educación de las niñas y el acceso a las ciencias de la salud. La célebre Laureana Wright de Kleinhams, en sus retratos de *Mujeres Notables Mexicanas,* menciona muchas. Destacó aquí a las hermanas Navarro, Rosa y Paula, sin interés en el matrimonio, que en la región de Tepic establecieron colegios y publicaciones. Gertrudis Tenorio Zavala, en 1870, fundó la So-

ciedad de las Siemprevivas, a la cual se unieron Rita Cetina, Dolores Correa Zapata y otras más. Solteras trascendentales para la emancipación femenina se congregaron en este colectivo con sede en Mérida, pero de resonancia en el sureste y luego en el resto del país. En vez de casarse y ocultarse en el hogar, ocuparon la plaza pública y educaron a muchas generaciones. Aquí un fragmento de "La mujer científica", de Dolores, en defensa del derecho femenino a la educación superior:

> ¿Quién ha dicho que al hombre solo es dado
> cruzar la senda de la ciencia vasta,
> para regar después en su camino
> la luz fulgente que la ciencia mana?
>
> ¿Por qué no tiene la mujer derecho
> de abarcar con la luz de su mirada
> los misterios que al sabio se revelan
> y al ignorante la creación le guarda?
> (Correa Zapata, 1886: 7)

Dolores y Gertrudis, sobrina nieta y nieta, respectivamente, del notable historiador y escritor yucateco Lorenzo Zavala, convocaron a numerosas compañeras, casadas o solteras, a impulsar la emancipación femenina en México, mediante el cultivo de la individualidad, el desarrollo personal. Ellas y sus alumnas trascendieron, incluso, hasta impulsar el Primer Congreso Feminista en el país, en 1916. En todas ellas, la liberación femenina encontró tierra fértil. Cierro esta vuelta al pasado nuestro con una exhortación a recuperar las obras completas de Teresa, Josefa y Antonia, herencia de todas.

BIBLIOGRAFÍA

Alegría de la Colina, Margarita (1991), "Ignacio Rodríguez Galván: un romántico mexicano", *Revista Fuentes Humanísticas*, año 2, núm.98* 3, segundo semestre, p. 83ss.

Ángeles, Victoria de los (2014), "Definición", *The Esential Concert Perfomances*, disponible en [https://www.google.com/search?/], consultado: 24 de septiembre de 2014.

Bartolache, José Ignacio (1983), "Avisos acerca del mal histérico, que llaman latido" (fragmento) (1772), en *Mercurio Volante*, (1772-1773), pp. 55-64.

Castellanos, Rosario (1972), *Poesía no eres tú. Obra poética 1948-1971*, México, Fondo de Cultura Económica.

Correa Zapata, Dolores (1886), *La mujer científica*, México, Eduardo Dublán Impresores.

Dauster, Frank (1956), *Breve historia de la poesía mexicana*, México, Ediciones de Andrea.

Dávalos, Mariano. (1987), "La belleza femenina en la literatura mexicana del siglo xix". *Historias*, núm.16, pp. 45-56, disponible en [https://revistas.inah.gob.mx/index.php/historias/article/view/15113].

Dávila Garibi, J. Ignacio (1933), *Florilegio de Antonia Vallejo, en Homenaje a la ilustre poetisa por la Barra de Abogados*, México, Emilio Pardo e Hijos.

Dehesa Gómez y Farías, María Teresa (1970), *Obra poética de Josefa Murillo*, México, Summa veracruzana.

Ester Arave (1859), "A ti", *El Democrata*, 29 de abril, p. 5.

Extremera, Gil (2012), "La enfermedad como fuerza creadora", *Revista Española de Patología Toráccia*, vol. xxiv, núm. 1, pp. 6-89, disponible en [https://www.rev-esp-patoltorac.com/files/publicaciones/Revistas/2012/CONFERENCIA%20MAGISTRAL.pdf].

González Casillas, Magdalena (1987), *Historia de la literatura jalisciense en el siglo xix*, Guadalajara, Gobierno de Jalisco.

Granillo Vázquez, Lilia (2000a), *Escribir como mujer entre hombres, poesía femenina mexicana del siglo xix*, tomo 1, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

Granillo Vázquez, Lilia (2000b), *Nueva antología de poesía femenina mexicana del siglo xix: Más de cien poetisas en la literatura nacional*, tomo 2, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

Guido, Juan José de (1807), "Jóvenes divertidas" (fragmento), *Diario de México*, tomo vi, 17 de junio, p.189.

Lagarde, Marcela (1990), *Los cautiverio de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Millán, María del Carmen (1957), *Poesía romántica mexicana*, México, Libromex Editores.

Murillo, Josefa (2018a), "La ola", en Poemas del alma (blog), disponible en [https://www.poemas-del-alma.com/josefa-murillo-la-ola.htm], consultado: 11 de julio de 2018

Murillo, Josefa (2018b), "Vagando en el terruño", en *Tlaco.com.mx*, disponible en [http://www.tlaco.com.mx/tlacotalpenos.php?id=2], consultado: 20 de julio de 2018.

Poo, Emmanuel (2011), "Definición" (Música de Salvador Moreno, con texto de Josefa Murillo), en *Youtube*, disponible en [https://www.youtube.com/watch?v=XjLIUqjpPS0], consultado: 15 de junio de 2012.

Pacheco, José Emilio (1979), *Antología de poesía mexicana*, tomo 1: *1810-1914*, México, Promexa Editores.

Pasquel, Leonardo (1971), *Josefa Murillo, la Alondra de Sotavento*, México, Summa Veracruzana.

Rivera, Gerardo (1989), *Álbum lírico del Grijalva y el Usumacinta*, Tabasco, Secretaría de Educación, Cultura y Recreación.

Rivera, Gerardo (1988), *Teresa Vera*, Villahermosa, Instituto de Cultura de Tabasco.

Rodríguez Beltrán, Cayetano (1899), "Prólogo", *Josefa Murillo, La Alondra de Sotavento, Poesías con el homenaje organizador por…*, s.p.i.

Rodríguez Galván, Ignacio (1839),"El editor" (fragmento), en *Calendario de las Señoritas Mexicanas*, México, Imprenta Galván, pp. 5-7.

Rodríguez Galván, Ignacio (1840), "Influencia de la educación sobre la felicidad del Bello Sexo" (fragmento), en *Calendario de las Señoritas Mexicanas*, México, Imprenta Galván, p. 70.

Romero Chumacero, Leticia y Eduardo Delgado Fabián (2013), "'Por gracia pediré la muerte al cielo'. Teresa Vera, poetisa suicida del siglo XIX", *Revista Tema y Variaciones de Literatura*, vol. XL, pp. 61 ss.

Ruedas de la Serna, Jorge (1987), *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ruíz Castañeda, María del Carmen y Sergio Márquez Acevedo (1985), *Catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ruíz Castañeda, María del Carmen y Sergio Márquez Acevedo (1990), *Correcciones al catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Sosa, Francisco (1884), "Teresa Vera", en *Biografías de mexicanos distinguidos*, México, Oficina Top. de la Secretaría de Fomento, pp. 1084-1086.

Velasco, Sara (ed.) (2015), *Bajo el purísimo cielo de Jalisco. Cuatro escritoras del siglo xix*, Guadalajara, Secretaría de Cultura/Gobierno de Jalisco.

Vidal Pollarollo, Paulina (2002), "La identidad estigmatizada", en *Polis. Revista Latinoamericana*, vol. ii, disponible en [https://journals.openedition.org/polis/7677].

Vigil, José María (1977), Antología de Poetisas mexicanas, siglos xvi, xvii, xvii y xix, [1ª ed. 1893], edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Vogt, Wolfgang (1994), "La mujer en la cultura jalisciense, el caso de Antonia Vallejo, 1842-1940", *Estudios Sociales*, mayo-agosto, pp. 78 ss.

Lilia Granillo Vázquez: Es una humanista y una mujer de letras, experta en gramática comunicativa (español e inglés), así como en estudios culturales y de género. Es licenciada en Letras Modernas, con especialidad en Letras Inglesas, por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); maestra en Estudios Medievales, por la Universidad de York, y doctora en Letras Hispánicas, por la UNAM. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, y es miembro de la Asociación Universitaria de Estudios de Mujeres (AUDEM, España), así como del Consejo Consultivo del Centro de Estudios de la Mujer en la Historia de América Latina (CEMHAL, Perú), entre otros. Ha publicado ocho libros y tiene más de una centena de artículos de investigación. Recibió invitación de Cambridge University Press para publicar su investigación "Sentimentalsociabilities: The young romantics and their long lived widows", como capítulo de *A History of Mexican Poetry*, editado por José Ramón Ruisánchez Serra, Anna M. Nogar e Ignacio M. Sánchez-Prado, 2024.

D. R. © Lilia Granillo Vázquez, Ciudad de México, enero-junio, 2024.

Artículos libres